

GALLERIA-6

REVISTA LITERARIA

...«y tu sabes libertad que estás condenada
a nacer hoy
para morir mañana».

PRIMAVERA - 82

SUMARIO

Director: Francisco Celdrán Sánchez

Subdirector: Salvador Alcaraz Pérez

Coordinador: Juan Jiménez Alcaraz

Jefe de Redacción: Eduardo Cerrato López

Colaboran:

Juan Luis Cebrián

Rosa Montero

Salvador Pérez Valiente

Asensio Sáez

Antonio Marín Albalade

Jesús Fuentes Ródenas

J. M. Zaragoza

Fernando

P. P.

Manuel Villa

Alfonso Cruz

Antonio López Baeza

Alfonso

Icaro

Salvador

J. Jiménez

E. Cerrato

Calín.

Dibujos:

Antonio Rubio Galín

Antonio Mata

Collages y fotografías:

Grupo «Galería»

**Edita: CONSEJO MUNICIPAL DE CULTURA Y FESTEJOS
LA UNION — Servicio Interior**

Imprime: EL TALLER

Escultor Roque López, 3 y 5 - MURCIA

GALERIA - 6 ● LA UNION. PRIMAVERA - 82

Primera jornada

Cuento

Los ladrillos, en el cuenco de la carretilla, le recordaban, así, a simple vista, aquellas pastillas de turrón de Jijona que por Navidad venía repartiendo la Junta Parroquial de Beneficencia.

—¡Eh, tú, aligera!

El trabajo había empezado a las ocho. A esa hora, el sol, todavía blando, como si nada. A las once ya era otra cosa.

—¿Qué pasa?

—Nada, el sol que pica en los sesos.

—Mañana te traes un sombrero pavero.

—Bueno.

Se rascó la coronilla. Le ardía la cabeza, sobre todo en la zona de la calva.

El capataz lo envolvió en el celofán de una larga mirada significativa:

—Los milagros que tú hagas...

Estaba visto. Bien lo certificaba su mujer: «Que no sirves para nada, eso es lo que pasa». En la larga cadena de sus oficios —la mina, el campo, la urbe— éste de ahora venía a resultar un bonito trabajo. Ver crecer las paredes, oler el yeso fresco y la madera nueva, beberse un trago de viento en las alturas, era propiedades no despreciables, vedadas, sin embargo, para él, feble y aliquebrado siempre, inútil para todo, inservible frente a la lucha de la vida, que se dice, porque la vida, quiérase o no, lucha viene a resultar. Comprendía que ella, la mujer, manejaba redondos argumentos: «No te canses, no sirves». Y en seguida: «Otro en tu lugar...» Así, una, cien veces. O más. El hombre había perdido la cuenta. «Claro, como eres un inútil...» Los puntos suspensivos, siempre; como tres granos de pimienta, como tres tiros de escopeta...

El sol quemaba.

—¿Te pasa algo?

—Nada, la cabeza, que me hierve.

Giraba una polea.

—¡Mezcla!

—¡Va!

—Se diría que el sol me cuece los sesos.

—Bah, eso ocurre siempre el primer día, ya te acostumbrarás.

Trepidaban los andamios. Un camión volcaba su carga de ladrillos, producía un ruido ensordecedor, un fragor de cataclismo geológico. De los sacos de cemento se levantaba de vez en cuando una polvareda verdosa.

«Otro en tu puesto...» La mujer se lo decía siempre. El la miraba simplemente, en un oscuro, cerrado silencio, no entendiendo cómo pudo haberse decidido por el «sí», por la palabra comprometedora, una lejana tarde, ante el cura de la parroquia. La mujer vestía ahora de negro, no se sabía si por híbridos lutos de desconocidos parientes o, sencillamente, porque alguien le había enviado, como caritativo obsequio, un vestido negro que el sol se encargaba de desteñir. De lejos, la mujer recordaba una gata sin amo, un animal enfermo tal vez. Estaba delgada, muy delgada; aun así, olía mal.

Sobre los grandes pilares de hormigón, se extendía, como un palio, el cielo, reventando de azul.

A la hora del almuerzo todos buscaron una zona fresca, no fácil de encontrar en esos momentos en que la luz desciende verticalmente y la sombra apenas da para un mal brochazo negro sobre el suelo calcinado.

De la pequeña cesta de plástico, el hombre sacó la botella mediada de tinto y bebió glotonamente. El vino estaba caliente y el hombre sintió náuseas. Taconeando sobre la acera, pasó una mujer joven, robusta, contoneándose. Uno de los obreros —eran cinco— la silbó. La mujer dobló la cabeza, complacida. El hombre volvió a recordar a la esposa. Suspiró. Hurgó de nuevo en el fondo de la cesta y encontró un trozo de «salao», golosa y dorada melva que a él, sin embargo, venía a sentarle como un tiro, por lo del riñón.

A las dos reanudaron la faena. El hombre echó cuentas. A la seis, en casa. Cuanto antes, a la cama. Estaba molido.

A las tres y pico le reclamaron desde el quinto piso:

—Vas mojando los ladrillos y los apilas a la derecha.

La calle, los coches, la hermosa gente, abajo. Menos mal que el quitamiedos ayudaba a espantar los vértigos. No quería mirar hacia abajo. No debía hacerlo.

—¿Te pasa algo?

—No, un poco de mareo...

La tarde estaba ahora blanca, totalmente blanca, como el corazón de una hoguera. El hombre sentía sed. Le ardía la garganta. Descubrió el botijo, rezumando frescor por sus poros de arcilla, distante, inalcanzable en una lejana esquina del andamio. Avanzó. El hombre recordaba, de pronto, tardes antiguas, con vasos de limón helado u horchata granizada, tardes de

verbena o asueto, felices tiempos coleccionados en la memoria. Al tragar el agua evocó las palabras —«como no sirves para nada...»— por las que precisamente había aceptado su puesto en la obra. Por los agujeros de las orejas, por los de la nariz, por los poros, parecía entrarle fuego derretido. De pronto, a través de una atmósfera picante, acre, de argamasa removida; a través de muchas horas de cansancio vencido, a través de muchos siglos de desabrimientos y desesperanzas, le llegó la voz de un compañero:

—¡Se remató la jornada!

El sol bajaba, vencido, yema de azúcar, por los telones del poniente.

—¿Echas un trago en el bar?

—No.

En contra de su costumbre, se acostó pronto, con el último bocado de la cena, y gracias que aguantó a cenar. Le dolían horribilmente las articulaciones.

—¿Te pasa algo?

La mujer estaba allí, tallada en sus eternos cansancios, en sus tercios desdenes, delgadita, con su olor característico a algo que se pudre.

—Nada.

El hombre cerró los ojos, en busca del sueño, en busca de mañana. ¡Dios, qué palabra tan hermosa, con tanta y tan esperanzadora posibilidad de futuro! «Mañana, mañana, mañana...» Se acurrucó bajo la sábana, ovi-llándose voluptuosamente sobre sí mismo, ganado por una sensación dulce de reblandecimiento, de despego por todas las cosas. Se dijo sencillamente: «Mañana será otro día». Y se durmió.

Asensio Sáez